

EL Círculo Hermético



Fernando Lalana
José María Almárcegui



© SAN PABLO 2009 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es
© Fernando Lalana / José María Almárcegui Ballesta, 2009

Diseño de cubierta: *José Luis Silván*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-3473-4
Depósito legal: M. 13.115-2009
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

PREVIO (1567)



Juanelo Turriano se levantó con esfuerzo de la silla y acudió a abrir la puerta echando maldiciones por lo bajo. En un principio había decidido no hacer el menor caso, pues estaba plenamente concentrado en hallar la solución a uno de los múltiples problemas que habían surgido con las primeras pruebas de lo que él llamaba “aparato ascendedor”; básicamente, una plataforma colgada de polipastos que, con una sola orden, permitía subir a los pisos altos de las casas sin necesidad de utilizar las escaleras.

Sin embargo, el recién llegado aporreaba la puerta de tal manera que el inventor pensó que, o le dejaba el paso franco, o le arruinaría el trabajo de toda la tarde con su impertinencia.

—¡Voy! ¡Ya voy! ¿Quién es?

—¡Abrid de una vez, maldito canalla! —respondió una voz airada y falsa, que el dueño de la casa no reconoció.

Al abrir la puerta, la sorpresa fue grande.

—¡Qué veo! ¡Pero si es el joven arquitecto real, el preferido de Su Majestad! —exclamó Turriano derrochando su peculiar acento italiano, del que nunca se había desprendido pese a llevar la mayor parte de su vida en España.

Los dos hombres, maestro y discípulo, se abrazaron entre risas.

—¡Amigo Juanelo! ¡Cómo estáis!

—¡Pues, anda, que vos...! Pero pasad, pasad...

Juanelo hizo entrar a su amigo hasta el salón de la casa, situada en el Zocodover toledano, presidida por una gran mesa de madera en la que se acumulaban papeles, diseños y maquetas de los infinitos proyectos que el inventor tenía siempre entre manos. El anfitrión ofreció asiento a su visitante en una de las dos butaquitas situadas en torno a una mesa baja y redonda, cerca de la ventana. Él ocupó la otra.

—¿Os apetece tomar un vino? Me han traído hace poco una tinajilla con un tinto de Valdepeñas sobre el que querría vuestra opinión.

—Ya sabéis que de vinos entiendo poco pero, vaya, venga ese tinto. No puedo despreciar la invitación de aquel a quien vengo a pedir ayuda y favor.

—Estupendo. ¡Doña Celeste! —gritó—. ¡Envíenos al salón al muchacho con dos vasos y una frasca de ese vino nuevo que nos llegó la pasada semana!

—¡Bien, señor! —contestó el ama de llaves que atendía al ya anciano inventor.

6 A los pocos minutos, hizo su entrada “el muchacho”, un autómatas de madera que Juanelo había construido hacía ya algunos años para su propio servicio, a semejanza de su famoso “hombre de palo”, que tanto estupor causaba cuando paseaba por las calles de la ciudad. Apareció con una bandeja en los brazos, que su constructor tomó y depositó sobre la mesa. El ingenio mecánico, cumplida su misión, giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo a la cocina.

Pero ya antes de la aparición del muchacho de madera, se había iniciado la conversación entre los dos hombres. El carácter austero de Juan de Herrera le llevaba a no ser en absoluto amigo de perder el tiempo.

—Voy a dejar Toledo durante dos o tres meses —le confesó a Turriano.

—¿Cómo? —exclamó este, ciertamente alarmado—. ¿Vais

a abandonar Toledo? Toledo es nuestro refugio por decisión del rey don Felipe, pero fuera de sus muros cesa la protección real. Sabéis bien que la Inquisición os tiene ganas; podría intentar echaros el guante y eso pondría a la Corona en una difícil situación.

—Nada me disgustaría más que causarle incomodidad a mi señor, el rey, que tantas deferencias ha tenido conmigo durante todos estos años; pero en los últimos meses, por medio de diversas correspondencias, se ha ido concretando un encargo realmente fascinante por parte de don Hernando de Aragón.

—¿No es ese el arzobispo de Zaragoza?

—Arzobispo de Zaragoza y Virrey de Aragón. Y un hombre sabio, además de un gran mecenas que ha pagado de su propio peculio varias importantes obras en la catedral.

—Parece cliente de fiar.

—Como os digo, Juanelo, don Hernando me ha planteado un trabajo que me gustaría atender, pues me interesa sobremanera por motivos diversos. Y no creo que al hacerlo corriese gran peligro.

El inventor sonrió.

—Entiendo. Si es nada menos que un arzobispo quien se interesa por vuestros servicios, eso debería garantizaros una cierta inmunidad ante los desmanes del Santo Oficio.

—En efecto.

—Bien. ¿Y qué clase de ayuda necesitáis de este pobre viejo chiflado?

El arquitecto de El Escorial se removió en su butaca. Le dolían las caderas, las rodillas y las manos. Aquel era uno de aquellos malditos días en los que el dolor le dificultaba realizar los más sencillos movimientos. Por suerte, disponía de “acceso sin excomuni6n” a la biblioteca secreta del monasterio de San Lorenzo, donde se guardaban valiosos libros de

medicina árabe, entre ellos *“el Tesrif”*, de Ben-Abbas, donde hallaba remedios que aliviaban en parte sus misteriosos males reumáticos.

—Sois el mejor matemático que conozco, Juanelo —dijo—. Y, además, un hombre práctico, capaz de encontrar la solución real a problemas teóricamente irresolubles. También sois un mago de la hidráulica.

—Digamos que conozco los fundamentos de esa ciencia.

—No seáis tan modesto. Se dice que habéis instalado recientemente, en casa de un notable, en Pastrana, uno de esos divertidos juegos de burlas acuáticas.

Juanelo sonrió.

—Murmuraciones... El príncipe de Éboli es persona seria. No lo imagino divirtiendo a sus invitados con uno de esos frívolos ingenios tan de moda en Italia.

—Pero sí que estuvisteis en Pastrana recientemente.

—Solo para ajustar una vieja noria que sonaba como una chicharra.

El antiguo arcabucero, dibujante notable, matemático y, últimamente, arquitecto a las órdenes de Su Majestad sonrió como un soldado en día de paga.

—¿Entonces... la visteis? A la princesa, digo.

—Por supuesto. En realidad, acepté el trabajo solo para ello.

8

—¿Y cómo es?

El anciano bajó el tono de su voz.

—Amigo Juan... solo por verla ha merecido la pena el riesgo del viaje. Y si me vais a preguntar si realmente le falta un ojo, yo debo responderos que no lo sé, aunque sí es cierto que se toca con un parche.

—¿Un... parche? —repitió Herrera, fascinado.

—Una especie de apósito de seda, más negro que un Viernes de Dolores y con forma de rombo.

—¿Y aun así, es tan hermosa como dicen?

—Sin duda, una de las más bellas damas que yo haya visto en mi ya larga vida.

Turriano hizo una pausa deliberada que rompió él mismo instantes después.

—Pero seguro que no habéis venido para hablar de la princesa de Éboli. Mencionabais mis modestos conocimientos de la ciencia hidráulica.

—Exageráis en vuestra humildad, maestro —dijo Herrera, alejando de su mente la imagen idealizada de Ana de Mendoza, la dama cuya sola mención parecía oscurecer el brillo de toda la corte madrileña—. Nadie más que vos habría podido inventar un artificio capaz de elevar las aguas del Tajo hasta el Alcázar.

Juanelo sonrió tristemente.

—Para lo que me ha servido... ¿Sabéis lo que conseguí con eso que todos llaman “el artificio de Juanelo”? ¡Nada! Nada más que arruinarme con su construcción. El ejército, como dueño del Alcázar, se aprovecha de él pero no quiere compartir el agua con la ciudad. El ayuntamiento no me pagó el trabajo ni los materiales, como habíamos acordado de palabra, puesto que no obtiene beneficio alguno de mi artificio. Y los militares dicen que ellos ni encargaron el invento ni firmaron contrato alguno conmigo, así que tampoco han soltado ni un real. ¡Ya veis! ¡Siempre perdiendo!

—En esto de Zaragoza sí hay algún dinero que ganar. Y si vuestra ayuda, como sospecho, es determinante para lograr el empeño, podéis contar con una parte sustancial del precio acordado.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Vuestra parte serían... tres mil ducados —contestó el arquitecto, bajando la voz para que la propuesta sonara firme.

Sabía que aquella suma era una cantidad de dinero tan elevada que el italiano bien podía no darle crédito y mandarlo a paseo. Pero cuando vio el destello en sus ojos, supo que iba a aceptar sin rechistar.

—Son buenas noticias para mí. Hablad, pues.

Herrera sacó entonces, de una carpeta de cartón que había traído consigo, un gran plano plegado en ocho dobleces, que extendió sobre la mesa, tras hacer sitio para ello, aunque cuidando de dejarlo todavía doblado por su mitad para excitar la curiosidad de Turriano.

—¿Recordáis quién construyó la catedral de Zaragoza, Juanelo?

El inventor chasqueó la lengua.

—¿Venís a mi casa a examinarme? Sabéis que no soy experto en arquitectura, como vos.

—No seáis picajoso. Era solo una manera de iniciar la conversación. La respuesta es que, curiosamente, La Seo de Zaragoza no la construyeron los cristianos sino los árabes. Al reconquistar la ciudad, hace unos quinientos años, los cristianos aprovecharon la imponente mezquita árabe y, con muy escasos cambios, la convirtieron en su catedral.

—Ahora lo recuerdo —reconoció Turriano—. Se dice que en tan solo un año de obras se hizo la transformación de templo musulmán a cristiano. Pocas cosas cambiarían en tan escaso tiempo.

—En efecto. Pues bien: resulta que, en el transcurso de esas obras, los hombres de Alfonso el Batallador descubrieron una fuente en un salón subterráneo de la mezquita. Pensaron que estaba seca hasta que se percataron de que no era así, sino que de ella manaba el agua de manera intermitente, tan solo en un puñado de ocasiones cada año. Se pasó entonces a creer que aquellos cortos períodos de actividad se debían al nivel variable del manantial que la alimentaba. O

que quizá tenía que ver con el caudal que presentaba en cada momento el cercano río Ebro. Pero, por fin, un almorávide converso explicó que aquella era una fuente sagrada, de la que fluía el agua coincidiendo justamente con los días de las grandes celebraciones del Islam.

—¡Seguro que el descubrimiento no gustó a los preladados de la Iglesia! —exclamó Juanelo, divertido.

—¡Desde luego que no! No podía permitirse que en las entrañas de un gran templo cristiano, una fuente rindiese culto a Alá y a Mahoma, manando en las grandes fiestas del calendario musulmán. Así que se tapió el acceso a aquel sótano y así ha permanecido durante los últimos cuatro siglos. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos por evitarlo, la fuente no se ha olvidado y hace tiempo que se convirtió en leyenda.

—En efecto —corroboró el inventor—, he oído hablar de esa leyenda. La fuente mágica que, en Medina Albaida, construyeron los maestros árabes como alabanza a su dios.

—No hay nada peor que una leyenda, como sabéis. El actual arzobispo de Zaragoza, un hombre sin duda inteligente, decidió investigar ese asunto en lugar de quedarse cruzado de brazos. Mandó picar junto a la fuente para averiguar qué se escondía tras ese caño milagroso...

Juanelo se echó a reír.

—¡...Y encontraron una clepsidra! ¿No es eso?

—¡Así es! —admitió Herrera, admirado—. ¿Cómo lo sabíais?

—¡Pura deducción, amigo Juan! Una fuente intermitente, que solo funciona en días señalados. Ese tipo de artificios es más propio de los hombres que de Dios.

Sobre eso, tenía el inventor una cercana referencia. De cuando en cuando era invitado a tomar chocolate con papirote en “La Galiana”, la mansión de la extravagante duquesa

de Tábara. Allí, podía pasar horas observando el preciso funcionamiento de la clepsidra, el relojito de agua construido en cerámica por el legendario astrólogo Abul-Casen.

—En efecto —continuó el arquitecto—, la fuente no era milagrosa, sino que estaba dotada de un mecanismo. Un reloj movido por agua y de unas dimensiones realmente descomunales. El arzobispo mandó levantar un plano de todo ello, lo que les llevó a sus arquitectos más de seis meses de trabajo. Me ha enviado copia y aquí la tenemos.

El arquitecto se levantó de la butaca, fue hacia la mesa y desplegó por completo el plano que había traído consigo. Juanelo Turriano lo examinó de un vistazo amplio. De pronto, se percató de un detalle realmente significativo.

—¡Un momento! ¿Las medidas están bien? ¿Realmente es esa la escala del plano?

—Lo es. He insistido y me asegura Su Eminencia que no hay error.

—Entonces es... enorme —constató Juanelo, sin ocultar su admiración, mientras imaginaba en su mente las dimensiones reales de la maquinaria, que ocuparía un espacio incluso mayor que el de la propia catedral, al extenderse bajo las bodegas de las casas adyacentes al templo—. Pero, vaya, es perfectamente lógico que así sea. Algunas de las celebraciones del calendario musulmán no son anuales, sino que están sujetas a los ciclos de la luna, por lo que su cálculo es muy complejo. ¡Qué barbaridad...! Aquí tenemos el mecanismo calculador... y, conectada a él, toda una red de aljibes y depósitos de diversa forma y tamaño... Resulta fascinante. Fijaos en el tamaño de esta cisterna. Es verdaderamente formidable. ¿Y cuándo decís que se construyó todo esto?

—No lo sé exactamente. Durante la dominación árabe. Pudo ser hace seiscientos años, setecientos, quizá más...

—Es increíble. Desde luego, nos guste o no, los árabes

eran unos genios formidables en la utilización del agua. ¿Y todo este artefacto se encuentra bajo La Seo de Zaragoza?

—Sí. Y ahora viene el encargo de Monseñor.

—Me lo estoy imaginando —dijo Juanelo, frotándose las manos.

—Quiere que modifique las características de la clepsidra para que la fuente... se convierta al cristianismo.

El italo-español estalló en carcajadas.

—¡Buena manera de expresarlo! Así que lo que desea el arzobispo es que el funcionamiento de la fuente se acomode a las festividades de nuestro calendario.

—Así es. Y, por supuesto, dicha modificación ha de llevarse en secreto.

—¡Naturalmente! Así podrá presumir de tener una fuente milagrosa en su catedral. Quizá, con ello, pretende convertir Zaragoza en un nuevo centro de peregrinación de la cristiandad. ¡Un nuevo Santiago de Compostela!

—¡Quién sabe! En su última carta, me indica sus preferencias, que es tanto como decir sus órdenes. Quiere doce minutos de agua todos los días a la hora del ángelus; doce horas el día del Corpus y en el Domingo de Ramos. Además, quiere que la fuente funcione las veinticuatro horas que van desde la Nochebuena a la medianoche del día de Navidad...

—¡Ajá! Está muy bien pensado.

—Y ahora, atento a lo más singular: Quiere que al atardecer del Viernes Santo, durante trece minutos, de nuestra fuente mane sangre.

—¡Soberbio! —exclamó Juanelo, aplaudiendo—. ¡La sangre de Cristo en el momento mismo de su muerte en la cruz! A eso se le llama tener sentido del espectáculo. ¿Sabéis? Me empieza a caer bien ese arzobispo amigo vuestro.

—De amigo, nada, que ni siquiera lo conozco.

—Pues yo ya estoy deseando hacerlo.

—Entonces, ¿creéis que sería posible hacer esa modificación?

—¡Estoy convencido de que sí! Habrá que realizar cálculos muy complejos, cambiar engranajes, sustituir conductos por otros de diferente calibre... Vaya, no será fácil, pero, si hay que hacer caso de este plano, los seguidores de Mahoma ya hicieron la parte más difícil del trabajo hace siete siglos. Si lo preparamos todo y mandamos fabricar las nuevas piezas con antelación, vuestra estancia en Zaragoza no debería ser muy larga.

—Entonces, le diré al arzobispo que acepto el encargo. ¿Me acompañaréis allí en persona, Juanelo?

—El viaje es largo para alguien de mi edad. ¡Pero no me perdería algo así por nada del mundo!

—¡Bien...! Os va a encantar la ciudad.

El inventor volvió a zambullirse en la contemplación del esquema del enorme reloj de agua. Al arquitecto, sin embargo, le restaba por hacer una consideración.

—Amigo Juanelo... hay algo más que querría pedir os. Algo a lo que he venido dando vueltas desde que me llegó la primera carta del arzobispo de Zaragoza.

—Vos diréis.

—Sabéis que me acechan enemigos muy poderosos que conspiran para que caiga sobre mí todo el peso del Brazo Ejecutor del Santo Oficio. Gentes a las que nada les gustaría más que verme agonizar en la hoguera, tras ser condenado a muerte por hereje.

—Lo sé. Muchos de los que estamos aquí, en Toledo, habríamos corrido ya esa suerte de no ser por la decisión del rey Felipe de establecer la libertad de cátedra y conciencia en la ciudad.

—En mi caso, esa inquina procede de los años en que me aficioné a estudiar en libros prohibidos y a conocer el

pensamiento de quienes han mantenido una concepción del mundo diferente a la de la Santa Madre Iglesia.

Juanelo había fruncido el ceño y miraba a su amigo con cierta inquietud.

—¿Adónde queréis llegar, exactamente?

Herrera volvió a sentarse en la butaquita.

—En esos años de estudio de lo prohibido, de manera fortuita topé con un secreto verdaderamente inaudito sobre ciertas gentes procedentes de vuestro país, de Italia. Se hacen llamar Lucarni, en honor al primero de ellos, un conde de nombre Lucarno. Son ellos los que se han convertido en mis encarnizados enemigos, los que estarían encantados de danzar sobre mi tumba y esparcir mis cenizas por el fango.

—Nunca me habéis contado ese secreto.

—¡Ni os lo contaré jamás, Juanelo! Y dad gracias por ello. Solo lo conoce nuestro señor el rey y fue él, en persona, quien me pidió que me lo llevase a la tumba. A cambio de mi promesa, ha evitado, por el momento, que la Inquisición pueda llegar hasta mí.

—Si no me vais a contar vuestro secreto... ¿qué pretendéis de mí, entonces?

—Que me ayudéis a guardarlo hasta después de mi muerte. No lo revelaré en vida, pues faltaría a mi palabra dada al rey, pero quiero que alguien, algún día, no importa cuándo, pueda desvelar el secreto y enfrentarse así a esos mis enemigos, que yo creo lo son de todo el género humano. Nuestra próxima visita a Zaragoza me ofrece la ocasión para ocultar mi hallazgo de manera segura. Tengo algunas ideas al respecto pero, de nuevo, necesitaría vuestra ayuda. Esta vez es un favor personal el que os pido.

—Contad conmigo, por supuesto.

—¿Sin preguntas?

—Sin preguntas.